

CUENTOS

UN MAL DÍA PARA ALBERTO*

Alberto se despertó como todas las mañanas, después de haber dormido ocho horas y veinticinco minutos. Su reloj biológico era más exacto que los relojes despertadores. Tanto era así que jamás había utilizado uno de ellos. Como todas las mañanas, se sentó frente al ventanal que daba al puerto, a esperar el amanecer. - El mar estaba tranquilo. Era un inmenso espejo líquido en el que el cielo blanquecino pintaba un paisaje de calma y silencio. Alberto esperó unos instantes, y se extrañó al ver que en el horizonte no aparecía aún la característica mancha naranja brillante que anuncia la salida del sol. Pensó que quizá se había levantado antes de tiempo. Pero su extrañeza se volvió consternación al ver que, en la calle, las casas comenzaban a proyectar sombras alargadas hacia el Este. Creyendo ver visiones, de un salto cruzó la habitación, y entró en el corredor, al final del cual, la puerta, a través de su vidrio inglés, permitía ver un amanecer muy bello, con mil tonalidades de naranja, rojo y nácar, exactamente en dirección al Oeste. Entró en el baño y, para despejarse, intentó mojarse la cara. Abrió la canilla del agua fría, pero apenas sus manos tocaron el agua, las retiró bruscamente lanzando una imprecación: el agua estaba hirviendo. Cerró la canilla, y abrió la del agua caliente, la que salió completamente fría. Se lavó la cara, se frotó los párpados, y sin estar todavía seguro de estar despierto, se asomó de nuevo a la ventana de la calle.

Ya había algunos movimientos en la ciudad. El ver el espectáculo cotidiano lo tranquilizó un poco, pero inmedia-

* Eduardo Díaz Rasmilich.

tamente lo invadió un asombro sin límites, al ver que dos o tres automóviles se acercaban por la calle, pero circulando en reversa; llegaban al semáforo de la esquina, se detenían estando encendida la luz verde, y continuaban su marcha en retroceso al encenderse la roja.

Salió a la calle. Su mente se negaba a aceptar lo que sus ojos le decían que ocurría: un camión recolector de residuos pasaba lentamente mientras sus tripulantes bajaban del depósito bolsas y cajas de basura y las dejaban en las puertas de las casas. Estuvo a punto de gritarles a los hombres del camión, para preguntarles qué demonios estaban haciendo, pero algo en su subconsciente le dijo que no lo hiciera. Volvió a entrar en la casa, y se apoyó en la mesa de la cocina, intentando descubrir qué era lo que estaba ocurriendo. Mil ideas disparatadas pasaron fugazmente por su pensamiento. Pensó en algún ataque de seres extraterrestres, o en una guerra química con gases que habían hecho perder la razón a toda la gente; también pensó en que podía ser ese día alguna fecha especial, algo así como el Carnaval, o el día de los Inocentes, y hasta pensó en algún complot contra el gobierno. Tenía la vista fija en la mesa, y súbitamente reparó en el receptor de radio. Con una sonrisa de esperanza, lo encendió y sintonizó la emisora que transmitía el programa que él escuchaba todas las mañanas: "Amanecer musical". Oyó una melodía extraña, disonante, quebrada, algo que jamás había oído antes. Luego oyó que una voz que le sonaba conocida cantaba esa melodía, pero en un idioma absolutamente incomprensible. No se parecía a ningún idioma que Alberto conociera. Pensó que quizá fuera alguna canción del lejano Oriente, y esa lengua, algún dialecto regional hindú o algo así. Luego, la canción terminó bruscamente y un locutor, cuya voz Alberto reconoció, ya que era el habitual conductor del programa, dijo: "Artanis knarf rop kroy wen kroy wen", y luego comenzó a hablar rápidamente, siempre en ese idioma incomprensible para Alberto. (Si él hubiese podido grabar esta frase, y luego pasar la cinta de atrás para adelante, habría podido oír: "New York, New York por Frank Sinatra"). Desconectó el aparato, salió nuevamente sintiendo que los latidos de su corazón eran cada vez más violentos. Había un boy-scout parado en el sector destinado al cruce de calle. Vio que una anciana se le acercaba, lo tomaba del brazo, y con una sonrisa lo ayudaba a cruzar; levantaba su bastón en posición horizontal para detener a los automovilistas, que frenaban, los dejaban pasar, y seguían retrocediendo.

Con los ojos desorbitados, corrió hacia la avenida, en la que se encontraba el cuartel de la policía. Al doblar la esquina, se encontró con un cuadro orwelliano: un hombre, completamente borracho, llevaba a empujones a un agente hacia la entrada del edificio. Alberto los siguió a pocos pasos de distancia. Entró tras ellos, y ahogó un grito de alarma al ver que el beodo abría una celda, en la que había varios policías más, introducía a su prisionero allí, tras lo cual sacaba de su bolsillo una petaca, bebía un largo sorbo, y pasándose la lengua por los labios, salía tambaleándose a la calle.

Alberto se sentó en las escaleras del cuartel, tratando de ordenar sus ideas. Cada vez estaba más convencido de que toda aquella pesadilla era una mala pasada que su imaginación le estaba jugando. No podía haber enloquecido el mundo, quedando cuerdo sólo él. La gente en la calle parecía comportarse normalmente, como si todo fuese como debía ser. Nadie se veía como hipnotizado ni dominado por algún poder invisible. Todos hacían todo al revés, pero con la apariencia de tener la plena seguridad de que ése y no otro era el modo correcto de hacerlo. Alberto, completamente aturdido, miraba con expresión vacía el sol que iniciaba su camino a través del cielo, rumbo al Este. No comprendía nada. La noche anterior, cuando se había acostado en su cama, todo era normal; al levantarse, el universo obedecía a leyes completamente opuestas. Miró el reloj electrónico con calendario que había en la pared de la oficina, y sintió que se le erizaba el cabello de la nuca: él se había dormido, según recordaba, aproximadamente a las 21:45 del 14 de marzo. De acuerdo con ello, y considerando que había dormido ocho horas y media, debían ser en ese momento las 6:15 del 15 de marzo. El reloj marcaba las 20:30 del 13 de marzo, y, lo que era peor, el indicador de segundos iba en cuenta regresiva: 39-38-37, etcétera.

Sintiendo que el corazón iba a estallarle, mordiéndose los labios para no romper en llanto, salió casi corriendo a la acera. Mecánicamente se encaminó al hospital. Su cerebro no lograba articular pensamiento alguno. Sólo su instinto de supervivencia le indicaba que necesitaba una fuerte dosis de algún sedante. Entró en el hospital por la puerta principal. No había nadie a la vista. Con mano temblorosa abrió la puerta del consultorio del médico de guardia, y miró hacia adentro. Se le aflojaron las piernas al ver lo que allí ocurría: el médico, acostado sobre una camilla, era auscultado por un individuo que tenía una terrible herida cos-

tante en el brazo izquierdo, de la que manaba sangre a borbotones, quien, al ver a Alberto, le dijo: "¡Por favor, espere afuera! En cuanto termine con el doctor lo atiende a usted". Alberto retrocedió, con el rostro desencajado y mortalmente pálido, negando febrilmente con la cabeza, balbuceando incoherencias, y saltó del hospital a la carrera. Por las calles ya se veían cientos de automóviles circulando en reversa. De pronto, un ruido le hizo volver la cabeza, y vio un enorme perro ovejero alemán huir despavorido, lanzando aullidos lastimeros, perseguido por un pequeño gatito blanco.

Presa ya de un ataque de histeria, Alberto comenzó a correr en dirección a su casa.

Los obreros de la empresa de demoliciones, que estaban construyendo un edificio, los abogados que concurrían a los tribunales a presentar las pruebas que enviarían a sus clientes a prisión por el resto de sus vidas, los lustrabotas que embadurnaban con crema de leche los zapatos negros de los ejecutivos, los niños que acudían a la escuela a enseñar a sus maestros historia y geografía, los bomberos que estaban preparando la nafta y los fósforos para iniciar el incendio que los piromaniacos correrían a extinguir, los mendigos que daban una moneda a todo el que pasaba junto a ellos, los feligreses de la iglesia que se aprestaban a celebrar la misa que el sacerdote oíría, todos se asombraron al ver a aquel hombre que corría por la calzada, cayéndose y levantándose, con los ojos bañados en lágrimas, gritando con voz ronca y entrecortada por sollozos: "¡Malditos! ¡Malditos! ¡Pretenden volverme loco! ¡Malditos!".

Cuando llegó a su casa, entró llevándose sillas y mesa por delante, abrió de un empujón la puerta de su dormitorio, se subió a un taburete, y descolgó de la pared su bien cuidado rifle calibre 22, que en tantas cacerías lo había acompañado. Con violencia abrió un cajón, tomó un puñado de cartuchos, llenó el cargador, y blasfemando en voz baja abrió la ventana, apuntó a la multitud que hormigueaba en la calle, y tiró del gatillo...

Naturalmente, el proyectil salió disparado hacia atrás. En su camino se encontraba la frente sudorosa del desafortunado Alberto.

EL DETALLE QUE EDMUNDO OLVIDÓ PREVER*

Edmundo Varetti había sido compañero mío en el secundario. Después de eso, perdí contacto con él por mucho tiempo. Supe por boca de unos amigos que estuvo estudiando oratoria, cosa que siempre le había apasionado, y que había hecho un viaje por la India, investigando no se qué antigua secta. Hombre inteligente, Edmundo Varetti, aunque sus largas disquisiciones y conjeturas sobre el ser y el no ser (leía mucho a Sartre y a Descartes) solían aburrirme. Claro que entonces yo era un adolescente que sólo pensaba en las muchachas y la salida del fin de semana.

Volvimos a encontrarnos hace poco, cuando yo salía del banco. Oí que alguien me llamaba, y cuando miré hacia el lugar de donde provenía la voz, su amplia sonrisa me saludó desde detrás de una tupida barba. Lo reconocí inmediatamente. Hay rasgos en las personas que el tiempo no logra cambiar: el brillo de la mirada, ciertos gestos, cierta manera de hablar. Nos abrazamos y palmeamos, lo invité a tomar un café, le pregunté por su familia, me contó que él tampoco se había casado aún, que su madre, viuda desde hacía muchos años, estaba muy bien, le conté de mi trabajo y mi vida, y me invitó a cenar en su casa.

El día de la cita acudí puntualmente a la dirección que me había indicado. Me recibió con un disco de sinfonías de Mozart, porque sabía que era mi compositor favorito. La cena, que había comprado en un restaurante chino, estuvo espléndida. Luego vino la sobremesa, y allí fue cuando me contó aquello.

Comenzó relatándome que había logrado hallar la perfecta combinación de elementos que le permitían convencer de cualquier cosa a cualquier persona. Sus estudios de oratoria, combinados con algunos conocimientos de hipnosis adquiridos en el lejano Oriente, habían hecho de él una persona capaz de hacer creer a todos aun lo más disparatado. El secreto, según él, consistía en pronunciar determinadas palabras de determinada manera, intercalarlas en el discurso, y adoptar ciertas posiciones, miradas y gestos cui-

* Eduardo Díaz Razmilich.

dadosamente estudiados y ejercitados. Me contó que había empezado, como era previsible, haciendo que las personas se creyeran gallinas o perros, o haciéndolos retroceder en el tiempo hasta que se comportasen como lactantes; pero había llegado, según él, el momento de realizar un experimento verdaderamente grande: convencer a todos, absolutamente todos, de algo totalmente increíble. Me preguntó qué era lo que yo jamás podría llegar a creer. Yo ensayé algunas respuestas sobre la imposibilidad de creer en aquello de lo que no se tienen pruebas, o que está contra la lógica, pero Edmundo me interrumpió para decirme que estaba olvidando un detalle obvio: lo que es imposible de creer es la inexistencia de lo evidente; a nadie se le puede hacer creer que no existe aquello que tiene ante sus ojos. Sin embargo, él se creía capaz de hacerlo. Y me propuso ser testigo de su éxito. Lo que se proponía hacer era convencer a la humanidad de que él, Edmundo Varetti, no existía ni había existido jamás.

Con escepticismo y curiosidad a la vez, convine en volver a encontrarme con él al día siguiente, para comenzar el trabajo.

Nos reunimos temprano, y salimos a la calle. Edmundo me entregó dos pequeños cilindros de goma, y me dijo que los usara para taparme los oídos. Yo no debía oír sus palabras, porque entonces yo también creería en su inexistencia. Lo miré esperando ver una sonrisa de sorna, pero estaba hablando en serio. Me tapé los oídos, y seguí a Edmundo hasta la estación del subterráneo. Lo vi pararse frente a la ventanilla de venta de fichas, y hablar con el empleado; luego, simplemente saltó por encima del molinete, sin que el hombre se inmutara. Compré una ficha, pasé y le pregunté qué había hecho. Me contestó que sólo había hecho creer al empleado que Edmundo Varetti no existía ni había existido jamás. Por lo tanto, aquél no vio nada cuando Edmundo pasó sin pagar. Luego, en el andén, se subió a uno de los poyos allí instalados, y comenzó a hablar a los que esperaban el tren. A los pocos minutos, se bajó del poyo y, al ver aproximarse la máquina, saltó a las vías. Los que estaban en el andén no hicieron gesto ni comentario alguno. Sólo se preguntaron por qué el conductor había frenado tan bruscamente. Todo me resultaba increíble. Cuando el maquinista bajó de la cabina, creí que haría detener a Edmundo por la policía, pero bastaron unas palabras de mi amigo para que el enfurecido empleado volviera tranquilamente a su puesto. Yo no salía de mi asombro. Edmundo

me dijo que aún no había visto nada. Tomamos el subte, y viajamos hasta un barrio retirado. Salimos a la superficie, caminamos por calles empedradas y llegamos a una modesta casa con un pequeño jardín. Era la casa de la madre de Edmundo. Él me pidió que lo esperase afuera, y entró por la puerta de atrás. A los pocos instantes salió y me dijo que golpeará la puerta, y con cualquier excusa preguntara por él. Así lo hice, y me atendió una anciana muy amable. Dije ser un encuestador, y le pregunté si tenía hijos. Me dijo que no. Le agradecí la atención, y me volví hacia Edmundo, que estaba junto a mí. Todo aquello era totalmente imposible, pero estaba ocurriendo.

La tragedia comenzó esa misma noche. Me dijo que el presidente iba a anunciar por radio y televisión un importante plan económico. Seguramente lo vería u oiría todo el país, porque además las emisoras se conectaban en cadena. Fácil le fue a Edmundo entrar en la Casa de Gobierno después de hablar un momento con la guardia. A las veintiuna me instalé frente al televisor, por cierto que con los oídos tapados, cuando de pronto, junto al presidente, vi el rostro de mi amigo. Dijo algo que obviamente no pude percibir, y luego el presidente prosiguió su discurso. A las dos horas, llegó Edmundo a mi casa, con una sonrisa de euforia. Había venido caminando, insultando a la gente por la calle, y nadie le había respondido; había entrado a comercios, apoderándose de mercaderías, sin que los dueños repararan en él; había estado parado junto al cura en una iglesia, y ni éste ni los feligreses le habían prestado atención. El experimento había sido un éxito rotundo. Lo felicité y le pedí disculpas por la incredulidad que había tenido al principio. Luego se despidió y se marchó. Aquella noche dormí un sueño intranquilo, premonitorio quizá. A la mañana siguiente, golpearon a mi puerta, y cuando abrí entró Edmundo, pálido como un cadáver, con la angustia y el terror pintados en su expresión. Se desplomó en un sillón, con la cabeza entre las manos. Extrañado o inquieto le pregunté qué ocurría. Entonces me reveló el terrible error que había cometido: había convencido a todos de que Edmundo Varetti no existía ni había existido jamás. Ahora no podía convencer a nadie de lo contrario, pues para eso debía conseguir que le escucharan, y ¿quién puede escuchar a alguien que no existe ni ha existido jamás? Se había convertido en un fantasma, en un muerto en vida. Cuando comprendí, con espanto, el horrendo destino que le esperaba, me quedé sin palabras, y sólo atiné a sugerirle que fuésemos a tomar un

trago, para tratar de pensar en alguna solución. Ésa fue mi equivocación. Cuando pedí al mozo dos ginebras, y comencé a hablar animadamente con Edmundo, no advertí la mirada de sorpresa y desconfianza que aquél me dirigió. Cuando apareció la ambulancia y dos robustos enfermeros se me acercaron para colocarme el chaleco de fuerza, entendí lo que ocurría, pero ya era demasiado tarde. Ahora estoy en una celda acolchada, en un hospital psiquiátrico. No sé qué habrá sido de Edmundo. Tal vez se haya pegado un tiro. ¡Qué ingrato final! Era el hombre más inteligente que conocí en mi vida, y ahora las pocas personas que puedan llegar a tener alguna noticia de su nombre, creerán que es sólo un personaje ficticio, creado por la imaginación de un escritor aficionado.

CÓMO LLEGUÉ A BARRENDERO*

I

SE ME OCURRE SOLICITAR UNA CÁTEDRA

Cuando apareció el tomo vigesimoquinto de mi obra *Historia comparada de las literaturas quichua y lusitana*; habiendo publicado ya *El madrigal en Andorra* (3 volúmenes); *Las ideas estéticas de Bettinotti* (folleto); *La apendicitis en la antigüedad* (un tomo con infinidad de apéndices); *Antología de poetas tehuelches* (10 volúmenes con los retratos de los autores y sus impresiones digitales); *Horacio se afeitaba solo* (folleto, lujosa edición en papel de barba); *El Dante no pudo haber nacido en Filadelfia* (un volumen en 4º mayor, con vistas de Filadelfia); después de haber dado al mundo, con éstas y otras obras, una verdadera montaña de erudición, me consideré en condiciones de solicitar una cátedra de literatura.

Pues ¡qué! ¿No le habían dado una cátedra a Berruguetti, que sólo publicó el librito escolar *Viva mi patria*? ¿No le concedieron otra a Pérez, cuya obra literaria se reducía a

* Menéndez Calçada, Enrique, *Y nació Jesús a Buenos Aires*, Bs. As., Fátima, 1926. "Lecciones y Ensayos" agradece al doctor Horacio Sanguinetti su colaboración y su buen humor.

una novelita semanal? ¿No obtuvo otra Burrillo, cuya labor pedagógica se limitaba a un cartel mural con el abecedario? ¿No fue agraciado, en fin, con una cátedra de "literaturas precristianas" el bárbaro de Filippini? ¿Qué había publicado Filippini, salvo los anuncios de su casa de remates y comisiones? ¿Y el caso de la señorita Colero? ¿Qué había escrito en su vida la pobre Esther Colero?

Provisto, pues, de una carta de recomendación, me fui a ver al doctor Donkey, quien tenía "vara alta" en el ministerio. El portero del doctor Donkey, luego de justipreciar para sus adentros mi indumentaria, debió declararme sujeto indeseable, porque me ladró estas palabras:

—Es inútil, no se puede ver al doctor. Está muy ocupado.

Insistí:

—Necesito verle... Es urgentísimo...

—Es que, además, no está en casa. —volvió a ladrar el canchero.

—Vengo recomendado por el diputado Caballini... —aventuré, tímido.

—¡Hombre, podía haberlo dicho antes! Pase usted.

Sin enojosas antesalas, penetré al despacho del eminente hombre público.

El eminente hombre público, sentado ante una mesa enorme, sobre la que se amontonaban libros y papeles, parecía absorto en la lectura de un descomunal volumen. Pensé, —vanidoso de mí— si no sería alguna de mis obras.

El eminente hombre público, me tendió afablemente la diestra.

Yo entré al grano tímidamente:

—Disculpe, doctor, que venga a interrumpirle... Ya me imagino que estará ocupadísimo...

—En efecto, señor —contestó el eminente hombre público. —Preparo el dictamen de la comisión de presupuestos, con cuya presidencia me honro, y debo documentarme concienzudamente.

Me fijé, sin querer, en que el librote aquél no era la obra de ningún financista; se trataba de una colección de la revista "L'Amusement", año 1918, primer semestre.

Apenas leída la carta de presentación, el doctor Donkey comenzó a hacer el elogio del doctor Caballini, dedicando

a esa tarea el tiempo que dedicaba generalmente a elogiar a los diputados adictos a la situación.

Por fin, le oí decir.

—¿Una cátedra? ¡Cómo no, amigo! Un hombre tan preparado... No faltaba más... Cuenta con ella. Yo soy muy amigo de los intelectuales. Cuando yo era chico también hacía versos.

Estuve a punto de abrazarle. No lo hice porque me pareció impropio de un erudito.

El doctor Donkey tomó un block de notas que tenía sobre la mesa. En la primera hoja, pude leer:

"Sebastián Pérez. —Un puesto de barrendero".

Debajo de esta anotación, el eminente hombre público consignó esta otra:

Juan Wiseman. — Recomendado Caballini. — Una cátedra de literatura".

Transfigurado, radiante, con el corazón bailándose un shimmy dentro de mi angosto pecho de erudito, abandoné el estudio del doctor Donkey. Tropecé con el portero, embestí varias sillas, estuve a punto de derribar la bastonera. Ya en la calle, respiré a plenos pulmones el aire libre. Me sentía alegre, optimista y feliz.

¡Al fin! ¡Al fin se realizaba el sueño acariciado durante veinte años de vigiliyas y sinsabores!

... ¡Al fin iba a tener una cátedra!...

II

RECIBO UNA COMUNICACION EXTRAÑA

Los veinte días subsiguientes fueron de intensa emoción para mí y para los míos. Esperábamos de un momento a otro la llegada del anhelado nombramiento.

Mi excelente esposa, la mujer abnegada que durante tantos años, en las horas que los quehaceres domésticos le dejaban libres, copiaba con su linda letra redonda los indecifrables caracteres, tan pronto arábigos como cuneiformes, con que yo borroneaba kilos y kilos de cuartillas; mi esposa, la cónyuge fiel, la confidente juiciosa, la madre amante, la colaboradora eficaz, veía realizarse, por fin, lo que había sido siempre nuestro común sueño dorado.

Aparecíame cercano el instante en que me sería dado llevar a los míos un pedazo de pan oficial; en que los labios de toda una humilde familia probarían al fin mieles hiblesas del presupuesto, esa gran colmena en que por cada abeja hay tantos zánganos.

Pero pasaba el tiempo; corrían los días, galopaban las semanas, y no llegaba la anhelada credencial.

¡Al fin!... He aquí que una mañana, a la bella hora en que el sol remontándose en Oriente inspira cantos jubilosos a los poetas y feos palabrotas a los dependientes que tienen que bajar los toldos, el cartero se detuvo en mis umbrales. Era portador de un sobre de considerables dimensiones, con membrete oficial. Mi mujer recibió la carta y vino triunfante hacia mí, que, arrebujado en el lecho, medía el pro y el contra de levantarme con el frío que hacía, sin tener cátedra y habiendo pignorado la ropa de abrigo.

—¡Juan! ¡El nombramiento! ¡El nombramiento!

Estas exclamaciones triunfales despertaron en toda la casa un eco jubiloso. Los chicos, los pobres chicos, se pusieron a palmotear de alegría.

Arrebaté de las manos de mi cónyuge la sagrada plica. Me fijé con extrañeza en que no procedía del Ministerio de Instrucción Pública, sino de la Municipalidad de la Capital, dirección de limpieza.

¿Qué diablos tenía yo que ver con la dirección de limpieza? ¿Era aquélla una sangrienta ironía motivada por mi forzoso estado de desaseo?...

Lef, estupefacto, esta comunicación:

"Señor Juan Wiseman.

Muy señor mío: Me complazco en comunicar a usted que con esta fecha ha sido admitido como peón de limpieza a las órdenes de esta dirección, debiendo presentarse a tomar servicio dentro de un plazo de tres días.

Salúdole atte." Y debajo de una especie de rosquilla de fideo caligráfica, léíse: "Director de limpieza de la Capital".

III

ME FAGOCITAN LA CÁTEDRA

Volví inmediatamente a ver al doctor Donkey. Resultó que al redactar mi recomendación para ante el ministro, se había equivocado poniendo en lugar de mi nombre el de un

sujeto que solicitaba un puesto de barrendero; asimismo, en la carta que escribió al intendente municipal recomendando al aspirante a barrendero, había puesto mi preclaro nombre.

Insinué aterrado —aterrado por la cultura pública—, no por mí:

— ¡Así que ese sujeto!...

— Ese sujeto debe hacer varios días que desempeña la cátedra de "Literatura del Renacimiento" en la Facultad de Filosofía y Letras.

— Pero, ¿cómo puede haberse atrevido un analfabeto a aceptar una cátedra?

— La práctica lo autorizaría: no es el primer caso en nuestro país. Aparte de eso, usted sabe que la penuria económica obliga a muchas indignidades, incluso a verdaderas canalladas...

Oculté la cara entre las manos, pronto al sollozo.

El doctor Donkey trató de reanimarme:

— No se desconsuele usted... Esto se arreglará... Veré al ministro, veré al intendente. Tal vez se pueda "desfacer el entuerto", como dijo Quevedo.

— Cervantes — atiné a corregir.

— No vamos a discutir por eso. Lo importante es que usted se haga cargo de la cátedra que le estaba destinada, y esto se conseguirá tan pronto como el ministro sepa que ha habido un error. Iré personalmente a verle.

— ¿No convendrá que le envíe los cuarenta y dos volúmenes de mis obras completas?

— Phs!... Más eficaz será que yo lo llame aparte y le diga dos palabritas. El pobre ministro, desde que se enfermó del hígado, no lee más que "La medicina doméstica".

— Pero, en fin, usted me promete...

— Descuide usted, amigo Waserman.

— Wiseman — corregí.

— Wiseman, eso es. Pierda cuidado. Todo se va a arreglar.

Me despedí de mi protector. Salí cabizbajo, llena el alma de sombríos y oscuros temores.

¡Casualidad funesta! Frente a la puerta del eminente hombre público, en la vereda, había uno de esos recipientes de forma generalmente cilíndrica que el vulgo denomina

"tachos de basura", y que sólo extremando el eufemismo pueden algunos denominar "bomboneras". Y en el preciso instante en que yo salía — ¡oh, visión espantosa, visión horrenda!— un barrendero, provisto de pala y escoba, colmaba el tacho de referencia

con la materia en que continuamente
trabajando se halla,
cuyo nombre se sabe, aunque se calla.

He citado, casi sin querer, los más espirituales versos de don Félix María de Samaniego. Es inútil: la erudición rebosa por todos mis poros. Sudo sabiduría, o —para hablar con propiedad científica— el proceso diaforético es en mí un proceso pedagógico.

IV

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Revolví Roma con Santiago, anduve de Ceca en Meca para entrar en posesión de la cátedra que un aspirante a barrendero me usurpaba villanamente. Recorrí todos los ministerios, hablé con una enormidad de empleados, hice largas antelas sin otra compañía que la de los negros al servicio del Estado y la de los pensamientos que me dominaban, más negros aún, si cabe. ¿Con qué resultado? Con el único resultado de haber adquirido sólidos conocimientos en lo que se refiere a las carreras de caballos.

Los estudiantes de la Facultad se levantaron en son de airada protesta cuando, humildemente, expuse el caso a un grupo de ellos, pidiendo justicia. Me negaron todo derecho a ninguna clase de reclamaciones. Es más: prorrumpieron en exclamaciones que no deberían emplear los catecúmenos de la ciencia de las ciencias.

- ¡Zanahoria!
- ¡Burro!
- ¡Que lo lleven al Open Door!

La causa de semejante acogida era que estaban satisfechísimos con los métodos didácticos del barrendero fracasado, quien, con tal de cobrar su sueldo a fin de mes, no se preocupaba mayormente de que los alumnos supiesen o no qué estupideces había escrito "ese Petrarca" a "ese Sannazaro" de mil demonios. El decano también estaba muy

Contento con el barrendero-catedrático, que obedecía sin chistar a todo cuanto le mandaban y que, por otra parte, no eclipsaba a ninguna de las eminencias de la casa.

Insistí en mi pretensión: ¡vano empeño! Mil estudiantes se levantaron contra mí como un solo hombre, es decir, como un solo jumento; doscientos estudiantes se irguieron en mí contra como una sola arpa.

¿Qué remedio, ante la pavorosa amenaza del hambre, cuyo espectro, cerniéndose sobre mi modesto hogar, parecía querer agarrotar diez gargantas queridas?... Acepté el puesto de barrendero, y barro. Hace ya cuatro años que yo, Juan Wiseman, erudito, con cuarenta y dos volúmenes publicados, barro las calles de Buenos Aires.

He concluido por habituarme al oficio, y hasta le he encontrado su poesía y su encanto. Ese encanto y esa poesía resaltarán en las páginas de un libro que preparo, y que vendrá a cerrar la serie de mis obras. Se titula "Memorias de un sabio que llegó a barrendero".

Diré más: teniendo en cuenta la incapacidad de la mente humana para discernir lo que es Mal y lo que es Bien -puesto que ignoramos en absoluto si seríamos o no más felices en caso de que las cosas ocurriesen de modo distinto a como han ocurrido-, yo mismo no estoy seguro de que, incorporándome a su personal, no me haya hecho un inmenso favor la Dirección de Limpieza. Razonando de este modo, tengo además la satisfacción de conformarme a uno de los más saludables principios del budismo, adoptado y fundamentado posteriormente por Schopenhauer.

En fin, ha sido para mí una satisfacción -todo lo pueril que se quiera- poder imprimir unas tarjetas de visita que dicen:

JUAN WISEMAN
Escotólogo